



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

AGUSTÍN AVRIAL—Imp. de la Comp. de Impresores y Libreros,
San Bernardo, núm. 92.—Teléfono núm. 3 074.



CUENTOS DE NAVIDAD

I

La Noche Buena en el Infierno.

Hacía un frío siberiano, y estaba tentadora para pasar las últimas horas de la noche la cerrada habitación, la camilla con su tibia faldamenta que me envuelve como ropón acolchado, y el muelle sofá de damasco rojo, donde el cuerpo encuentra mil posturas regalonas en que digerir pacíficamente la sopa de almendra y la compota perfumada con canela en rama. ¡Pero no asistir á la Misa del Gallo en la Catedral! ¡No oír los gorjeos del órgano mayor cuando difunde por los aires las notas, trémulas de regocijo, del *Hossanna!* ¡Noche Buena, y quedarse así, egoístamente acurrucada, al amor del brasero! No puede ser; ánimo; un abrigo, guantes, calzado fuerte... A la calle en seguida.

Bañada por la misteriosa claridad de la luna, la ciudad episcopal dormía. Extensas zonas de sombra y sábanas de infinita blancura argentada alternaban en las desiertas calles. Nunca

éstas me habían parecido tan solitarias, tan fantásticamente viejas, ni tan adustos los cerrados caserones que ostentan su blasón cual ostentaría la venera un caballero santiaguista, ni tan medrosos los sombríos soportales, que descansan en capiteles bizantinos.

El bulto embozado que al través de aquellos túneles de piedra se desliza á paso de fantasma, ¿no podrá suceder que realmente lo sea? ¡Lo es sin duda! ¡Lo es! Siento que la sangre se congela en mis venas al observar cómo el bulto, saliendo de las tinieblas del soportal, se dirige á mí y se me pone delante, mudo, derecho, con un dedo apoyado en los labios. Olas de luz lunar le envuelven, y me permiten distinguir su faz de cera, que recatan el alto cuello de un *montecristo* azul y las alas de un sombrero de fieltro caprichosamente abollado. ¡Yo conozco á este hombre... es decir, yo le conocí en otro tiempo, cuando era niña!... ¡Le vi un instante, y nunca olvidé su melancólica y pensativa silueta! Entonces los estudiantes recitaban sus versos y celebraban sus dichos impregnados de mordaz ironía... Pero, un año después de haberle visto yo, el poeta se pegó un tiro: la bala le entró por la oreja izquierda y le salió por la sien. ¿Cómo es que pasados cuatro lustros me le encuentro en la calle, á estas horas, la noche del 24 de Diciembre, camino de la Catedral?

Quiero preguntárselo, y me sucede lo que cuando probamos á gritar en sueños: en mi la-
ringe no se forman sonidos. El tampoco habla:

me hace señas de que le siga... y le sigo, en dirección de la basilica, cuya masa enorme se alza dominando la *Quintana de muertos*.

En vez de entrar por el pórtico bizantino donde se agolpan los fieles que concurren á la misa nocturna, mi guía y yo nos pegamos al muro de la fachada nueva, y ante nosotros se abre sin ruido una puertecilla pintada de rojo, que yo siempre había visto cerrada. Un pasadizo estrecho, que se enrosca por las entrañas de piedra de la catedral, y se va sumiendo cada vez más hondo, se nos presenta: mi fatídico guía se enhebra por él, y yo voy en pos, sin miedo. Verdosas vegetaciones, humedad rezumada por los poros de la cantería, dan á aquel pasadizo gran semejanza con el interior de los acueductos. Allá, á lo lejos, oscila una lucecilla, y diríase que en vez de acercarnos á ella, la vemos cada vez más distante. Bajamos y bajamos cuestas, rampas, escalones casi insensibles al principio, después tan escabrosos y pendientes, que ya, más que bajar, creo rodar á tropezones. La fatiga y asomos de susto me detienen un instante, y entonces mi guía, siempre callado, se vuelve y me hace señas de que continúe. Ya no son escalones, son despeñaderos pedregosos, canchales de berroqueña, tajos inmensos de donde amenazan desplomarse gigantescos pedruscos, y luego una playa árida, escueta, límite de un mar pesado y aceitoso, con olas de un gris de plomo fundido... A la izquierda divisábamos resplandores rojizos, intermitentes, como si algún incendio devorase el

caserío de los pescadores de aquella ribera maldita.

—Oye, poeta—digo á mi guía, que no da señales de detenerse, antes sigue en dirección del incendio—no quiero más. No sé á dónde me llevas, y contigo no voy tranquila. Debes de ser ánima del otro mundo, porque consta que el tiro fué mortal, y tu sepulcro, que luce una inscripción enfática, se les enseña á los curiosos en un cementerio muy poblado de cipreses y adelfa. No tengo preocupaciones, pero la broma ya me parece pesada. Te desconjuro. Rezaré por ti; rezaré devotamente... si me vuelves al punto á la plaza de la Catedral.

—¿De qué me sirven á mí los rezos?—contestó mi guía en voz serena y desesperada, voz de hielo, por decirlo así.—Ven conmigo, y no pidas guía mejor, que Virgilio no había de molestarse en servirte de *cicerone*. Yo fui uno de los poetas menores del Parnaso romántico: la musa no me amaba lo bastante para hacerme inmortal, y quise ser inmortal desposando á mi musa con la muerte... ¡Ojalá detrás de ésta no hubiese encontrado sino la nada!

Al hablar así, el poeta no hacía contorsiones; su cara de busto de mármol no se descomponía ni se alteraba; sólo sus ojos me parecieron anegados en un llanto... que era fuego á la vez.

—¿Estás en el infierno?—pregunté con tanta piedad como asombro.

—Así le llamáis los vivos—respondió el condenado.—Nosotros le llamamos *Mundo inferior*, y á su rey le nombramos el *Bajísimo*.

—¿Por oposición al *Altísimo*?

Sólo contestó con un suspiro el poeta.

—Pues yo no quiero tratarme con esa gente—insistí, viendo que de nuevo principiaba á andar mi guía.—Yo no tengo vocación de suicida. A mí la vida me parece amable, y Dios bueno, y sus obras perfectas; el arte me proporciona goces, la naturaleza me vivifica, creo en la amistad (no atravesándose el interés), y no tengo malo el estómago. Déjame de réprobos. Déjame de fronteras donde sea género de contrabando la esperanza.

—Si no descendieras al mundo inferior—contestó mi guía mirándome de pies á cabeza con desdén glacial—serás inferior tú misma. Quien no realiza la bajada á los infiernos, que no se tenga por artista humano. Peor para ti si retrocedes. Ya me sospechaba yo que tendrías miedo, y por eso elegí esta noche para introducirte en la mansión del dolor. Para que veas cómo del mismo infierno no está desterrada la piedad, te traigo á él la única noche del año en que no se atormenta á los pecadores. ¿Ves cómo la roja luz de los hornos de hierro va palideciendo y transformándose en blanco fulgor sideral? ¿Ves cómo las llamas ya son luminarias? No es que el infierno se alegre del nacimiento de Cristo, porque en el infierno no cabe alegría; la pena *de sentido*, que es la tristeza, no se nos perdona jamás; pero esta noche se interrumpe la de *daño*: los suplicios cesan, y cesan también los aullidos, el rechinar de dientes, el rugir y el maldecir. Ven sin temor... ¡Adelante!

¿No ves, allá á lo lejos, en el último confin de ese mar de metal antes candente, una claridad casi imperceptible que tan pronto ríela como se apaga? Es el último reflejo de la estrellita de Belén... que alumbra otros parajes menos espantosos. Hasta el amanecer no cesará de rielar, y mientras ríele, mal que le pese al Bajísimo, sus verdugos no podrán torturarnos. —Entra sin recelo... Te crearás en el Mundo terrestre, porque sólo verás tristeza y amargura, pero no entrañas arrancadas y pies tostados por el fuego...

Como si no dudase de mi aquiescencia, echó delante, y en efecto le seguí animosa, sintiendo despertarse ya la curiosidad inextinguible. Cruzamos la puerta sombría con su lema de color obscuro, y vi desde el primer momento que el poeta menor no me había engañado. Aquello, si era infierno, no lo parecía. Nadie se lamentaba por allí. A la puerta se agrupaban los indiferentes; los conocí por su actitud, no por que les importunasen avispas ni moscones. Más adelante, los culpables por pasión no giraban en tremendo remolino á través del negro ambiente; inmóviles, distribuidos formando parejas, se miraban con ansia infinita.

El recio aguacero y duro granizo no azotaban las espaldas de los golosos, y los avaros reposaban sentados en los ingentes peñascos que sin cesar se encuentran compelidos á subir por cuestas y asperezas, empujándolos con el mísero pecho, donde no tuvo cabida la generosidad. Apagadas las fosas de llama ó braseros

donde los epicúreos materialistas y herejes sufren el castigo de sus errores nefandos, los achicharrados respiraban, y todavía sus ojos fuera de las órbitas y su carne retraída y que descubría el hueso, demostraban la violencia del atroz suplicio. Por el suelo vi trozos humanos, fragmentos del despedazado tronco de los violentos é iracundos, que pugnaban por juntarse aprovechando la breve tregua de horas; las sangrientas cabezas se empalmaban sobre los hombros, las manos descepadas se adherían al brazo otra vez. Al pasar por la umbrosa selva de árboles vivientes, mi guía se volvió y me miró con un dolor tan intenso, tan altivo, tan insondable, que recordé... ¡Los suicidas son los que sufren tal pena; los que, desgarrados perpetuamente por leñadores implacables, acogen entre sus dolientes ramas, al través de las cuales circula la sangre requemada, á las Harpías vengadoras!

A la sazón, los horribles monstruos habían desaparecido. En la selva no resonaban quejidos de agonía. El Infierno descansaba. Presté oído... Ni un sollozo.

Con todo, juraría que allá, en un rincón... ¿Me equivocó? No; alguien gime; alguien se retuerce, alguien profiere imprecaciones y maldice de la hora en que su madre le echó al mundo...

—Poeta —le dije— me has mentado. Sácame de aquí. Están atormentando... No quiero oír, ni ver... Sácame á la luz; me angustia esa queja tan dolorosa.

—Tienes razón; se me olvidó avisarte— declaró el poeta. —Es cierto que atormentan á uno... el único... la excepción... ¡Le fustigan con varas de alambre enrojecido y le echan por la boca pez hirviendo...! Escucha: es que ese hombre asesinó á un rival.—Hacia muchos años que proyectaba el crimen y la venganza; no encontrando ocasión de realizarla sobre seguro, acechaba en la sombra, callado, siniestro. Una noche como la de hoy encontré á su enemigo en despoblado. La víctima iba á caballo, y picaba de espuela, porque quería llegar á tiempo de cenar con su madre y acompañarla á la iglesia á celebrar el nacimiento de *Aquel...* Mano á la rienda de la cabalgadura; puñal asestado, golpe seguro, en mitad del corazón... La madre que esperaba á su hijo, recibió á la hora de la Misa del Gallo un cadáver cosido á puñaladas. Por eso el asesino no goza de la inmunidad de esta noche, que no respetó.

—Vámonos—supliqué con energía.

—Vámonos—contestó el poeta.—Te llevaré á ver la *Noche Buena en el Purgatorio*.

II

La Noche Buena en el Purgatorio.

EL poeta suicida, que me había guiado por los laberintos y recovecos de los círculos infernales, me sacó al fin de la caverna, y juntos salimos á dilatada llanura. Pensé hallarme en los descampados de Castilla, porque si la tierra era árida y de cansado y polvoriento matiz, en cambio el cielo, vestido de dulce color de zafiro oriental, resplandecía con hormiguelo de diamantinas constelaciones. Lo que me persuadió de que me hallaba bien lejos del país castellano fué distinguir entre ellas la centelleante *Cruz del Sur*.

A lo lejos se oía el choque de las olas contra una playa. Guiados por el ruido, nos fuimos acercando á la orilla. Una barca se columpiaba sobre oleaje,—porque oleaje tenía aquel mar, oleaje vivo y fosforescente como el del Cantábrico,—y una brisa rauda y salitrosa hacía palpitar las velas. Entramos en la barca, y el poeta, tomando los remos, la desvió muy pronto de la orilla. Así que encontramos el filo de

una corriente, alzó los remos y dejó que el viento y el agua nos llevasen sin esfuerzo hacia la isla que se columbraba, lejos aún, bastante lejos, entre los violáceos crespones de neblina de la noche.

—¿Vamos á ver más penas todavía?—pregunté al vate menor, deseosa ya de que terminase nuestro periplo.

—¡Penas!—suspiró dolorosamente el conde-nado.—¡Ah, quién pudiera sufrir las penas que ahora veremos! No hay más pena verdadera que la que no tiene fin. Un día tras otro consumese el tiempo y se van absorbiendo las horas como agua filtrada por arena; todo suplicio se hace llevadero al pensar que cesará, y (como decía Virgilio, mi ilustre antecesor) la última hora de la vida es el desquite de los vencidos. Pero en la región donde yo habito y de donde acabas de salir, ni hay días ni horas... sino un infinito de tiempo siempre presente, sin límite, sin sucesión, sin forma particular... ¡Loco se vuelve quien en ello piensa!

Llena de compasión guardé silencio, y el poeta, dejando caer sobre el pecho la faz, calló también. Nos íbamos acercando á la isla del Purgatorio: sus dentadas costas, sus ribazos, sus vaporosas lejanías, sus valles, se divisaban claramente á una luz que se parecía mucho á la de la luna, ó, mejor dicho, á la eléctrica, y que permitía apreciar los colores. Noté que al acercarnos á la isla las olas fosforescían más, y se volvían transparentes, con la transparencia pálida de la piedra llamada tan propiamente

aguamarina: todo era verde alrededor nuestro, y la isla, poblada de tupidísimo arbolado, verdeaba también como gigantesca esmeralda engastada en el oro fino de los arenales, donde atracaban sin cesar barquillas atestadas de almas, una multitud silenciosa, vestida de verdes tunicelas, hechas tal vez de follaje. La claridad verdosa, difundida en el aire, teñía las caras de un matiz singular, como si se reflejasen en una luna de espejo muy antigua, ó más bien, como si las mirásemos al rayito fosfórico de un gusano de luz.

—Todo es verde aquí—dije al poeta.—Sólo tú me pareces del color de la cera purificada.

—Ya comprenderás la razón—respondió el suicida con calma horrible.—El verde es el color de la naturaleza, la cual resucita á cada primavera, y que al derretirse la nieve aparece lozana y fecunda, como si no la pudiese ofender el tiempo. En el Purgatorio observarás siempre esa entonación gozosa y juvenil. El Infierno es rojo; el Purgatorio verde... Repara qué prados, qué selvas, qué frondosas plantaciones!

Entrábamos en una ensenada que rodeaba vegetación tropical, y la barca se detenía, presa en una maraña de algas finas como cabelle-ras y recias como cordajes de esparto. Saltamos sobre las piedras, que hacían un muelle natural, y abriéndonos paso al través de matorrales espesísimos, llegamos á espaciosa explanada, donde hormigueaba innumerable multitud. Desnudos, ó revestidos cuando más de una

sobrevesta de lampazos, parecida á la que llevan los salvajes esculpidos en los pórticos de las catedrales, se apiñaban en la inmensa planicie los sentenciados á presidio espiritual, ó sea las *ánimas del Purgatorio*. La costumbre de verlas siempre en pinturas y retablos cercadas de lenguas de llama, me hacía desconocerlas con aquel atavío.

—¿No hay fuego aquí?—pregunté al poeta.

—Esta noche no le hay ni en el infierno: ¿cómo querías que aquí lo hubiese?—respondió mi guía.—Sin embargo, aquí el fuego nunca es visible. Esas ánimas de retablo que pintáis en la tierra son un medio de dar á entender á los sentidos lo que no podría comprender acaso la razón... y es que aquí *se arde por dentro*; se sufre una calentura que nunca remite... excepto esta noche; una calentura de cuarenta y un grados y varias décimas, que disuelve la sangre, seca el corazón, abrasa las fauces, incendia el cerebro y engendra continuo delirio. En el Purgatorio se vive delirando: esto es un semillero de inventores, de descubridores, de escritores, de artistas, de locos sublimes que todo lo quieren transformar, regenerar y embellecer: su dolorosa fiebre se resuelve en concepciones mitad absurdas, mitad grandiosas, y los únicos momentos en que descansan es cuando pueden acercarse á aquella fuentecilla que brota allí—¿no la ves?—entre dos peñas... y que está formada con las lágrimas de los que rezan por las *benditas almas del purgatorio*, sospechando que reside en él alguien á quien ama-

ron... Una sola gota de ese milagroso manantial les rebaja la calentura...

Lo malo es que á veces la fuente corre tan escasa, tan escasa, que no llega ni para remojar los labios... Hay épocas del año—Carnavales, por ejemplo—en que casi se agota la fuente... En cambio el día de Difuntos surte abundante, impetuosa, y su rumor consuela á las ánimas... ¿No has estado tú en el campo el día de Difuntos? ¿No te ha parecido que en la danza de las hojas secas, en el estridente aullido de las ráfagas de invierno, en el gotear de la lluvia, en la voz del mar cuando embiste contra las peñas, hay voces misteriosas, voces del otro mundo? ¡Las hay, las hay! ¡Cómo envidio á los muertos que reciben socorro de los vivos á quienes amaron! ¡A mi no puede socorrerme nadie!

Y el poeta se echó ambas manos á la cabeza y un rugido se ahogó en su ronca garganta...

.....

Nos llegamos á la explanada y nos mezclamos entre la muchedumbre de espíritus apiñados allí. Era la explanada pradería de hierba densa y blanda, donde nos hundíamos hasta las corvas. En mitad del prado se elevaba un árbol inmenso, paradisiaco, singular en su forma: sobre el alto tronco brotaban de súbito dos ramas horizontales, gigantescas, pobladas de follaje, y otra rama vertical, irguiéndose en el centro, completaba la copa. La innumerable cohorte de ánimas tenía los ojos tenazmente fijos en el árbol, como si algo muy importante fuese á suceder en él...

Miré á derecha é izquierda, buscando un ánima á quien preguntar, y como llamada y atraída por mi deseo, se me presentó una mujer joven, de tipo muy conocido para mí—aunque al pronto me sería difícil decir dónde, cómo y cuándo la había visto ya.—Guirnaldas de hiedra y gentiles abanicos de helecho velaban su casta desnudez, envolviéndola tan completamente como los paños de un ceñido ropaje, ayudando al mismo oficio la copiosa mata de pelo rubio esparcido por espalda y hombros, que en doradas hebras bajaba hasta los calcañales. Aquella mujer tenía la cara ovalada, la expresión candorosa, los ojos bajos, las manos cruzadas sobre el pecho; parecía la estatua del Pudor; tanto lo parecía, que hube de decírselo.

—¿Has podido pecar tú? ¿En qué pecaste? ¿Cómo viniste á las regiones de la expiación?

—Me trajo á ellas el amor, dueño del mundo—contestó la mujer rubia, á quien se le tiñeron de carmín las mejillas.—Yo era una pobre muchacha del pueblo; quedé huérfana, sin más dote que mi hermosura y mi virtud. Hilando, cosiendo, barriendo y fregando, se me pasaban los días de la mocedad. Sucedió que al salir de misa vi á un señor muy galán y bizarro. Me requirió y le adoré. Al sospechar que yo estaba en cinta, las comadres del barrio me señalaban con el dedo, y las mozas de cántaro se reían ó torcian el rostro. “Has pecado”, me decían; y yo contestaba: “Es cierto, pero Dios me perdonará.” Mi hermano era soldado: al volver de la guerra y saber mi deshonra, provocó á mi

seductor, y fué herido mortalmente por él. Expirando, me dijo: “Has pecado, maldita seas.” Y yo contesté: “Cierto, pero Dios me perdonará.” Nació mi hijo: el abandono y la desesperación me volvieron loca... y le arrojé al agua. Los tribunales me sentenciaron á muerte, repitiendo: “Has delinquido.” “Dios me perdonará”, contesté llorando...

—¡Pobre Margarita!—exclamé, porque ya recordaba dónde, cuándo y cómo había visto aquella dulce y lastimosa efigie.—Yo no te hacía en el Purgatorio. El gran poeta alemán nos aseguró que te habías salvado y que estabas en el Paraíso...

—Mi historia es tan vulgar—contestó Margarita modestamente—que no sé cómo se le ha ocurrido narrarla á ningún poeta. Tampoco sé cómo ese poeta, que será un sabio, ignora que el pecado ha de purgarse antes de entrar en el cielo. Lo diría por hermosear mi vida, que fué bien triste y bien sencilla, y bien ajena á galas poéticas... Sí, aquí estoy desde mi muerte, sufriendo, hasta que Dios quiera, la horrible calentura expiatoria. Hoy no; hoy respiramos; hoy se humedece nuestra boca achicharrada y se calma el ardor de nuestro corazón... Hoy... al punto de la media noche... cuando en el establo de Belén se verifique el gran suceso... aquí se verificará otro, que aguardamos con afán...

Y de pronto, juntando las manos, exclamó:

—¿Ves? ¿Ves? Ya se verifica... ¡El árbol florece!

En efecto; sobre el follaje del gigantesco ár-

bol de forma de cruz se destacaban unos puntitos, diminutos primero como cuentas de coral, y que iban creciendo, ensanchándose, cubriendo de placas rojas la verde espesura. Fragancia suavísima se esparcía por el aire, y las manchas bermejas adquirían contornos de flor, pareciendo á un mismo tiempo cálices de rosa y heridas frescas que destilasen sangre...

La muchedumbre de ánimas, al florecer el árbol, rompió en himnos de adoración; la isla entera resonó como un arpa; collados, selvas, grutas y praderías vibraron musicalmente; y el poeta, separando las manos del rostro, gimió con acento sepulcral:

— ¡Felices los que esperan!

III

La Noche Buena en el Cielo.

CÓMO subí del brumoso Limbo al Empíreo radiante? ¿Fué cabalgando en un hilo de luz? ¿Fué entre las alas de una nube? ¿Fué saltando de estrella en estrella, peldaños de la escala mística que en sueños vió Jacob? Posible me parece cualquiera de estos medios de locomoción, porque si nuestro cuerpo es plomo, centella es nuestro espíritu.

Ello es que de improviso me sentí envuelta en una ola azul, sutil, delicadísima, que compararía á la turquesa disuelta, si hubiere visto alguna vez y en alguna parte la disolución de esa piedra preciosa. Y la alegría y exaltación de todo mi ser, el rapto de mis potencias y sentidos, me dijeron á voces: "¡Quién como tú! Estás en el cielo."

Repito que me puse alegre como unas pascuas; el gozo procedía sobre todo de la imaginación, porque yo no experimentaba ningún beneficio positivo, pero eso de pensar que uno está en el cielo es ya la mitad del cielo, ó más de la mitad.

No obstante, pasados los primeros momentos, empezó á convertirse mi júbilo en extrañeza é inquietud vaga. Azul encima, azul debajo, azul alrededor, azul por todas partes...; no sólo era raro, sino monótono y sin pizca de chiste. ¿No habría en el cielo más que tonos cerúleos, y por toda distracción concertantes de violines, violas y arpas? ¿Se reduciría la fiesta de Noche Buena en la mansión de los escogidos á un baño en las ondas turquíes del éter? ¿Tanto ingenio y variedad en los castigos infernales, y tanta insipidez y poquedad en las celestes recompensas?

Estos eran mis irreverentes pensamientos, cuando, deslizándose por la superficie azulina y tersa del misterioso lago, vino á mí un hombre vestido con ropilla de terciopelo negro, coronado de laureles, parecido á Cervantes en el avellanado rostro; mas no era el Manco, porque en melodioso italiano del *Seicento* me aseguró ser el mismísimo Cisne sorrentino, autor de la *Jerusalem*, maniático, melancólico y muy honesto enamorado. "He adivinado—me dijo—lo que cavilas, y quiero demostrarte que te engañas y que el cielo no es aburrido ni soporífero, sino cosa muy buena.

"Esa idea de la monotonía del cielo proviene de que el cielo es por esencia inefable; no se puede explicar con palabras, y el infierno y el purgatorio sí; los sufrimientos y los males están al alcance de la comprensión de un mortal; la beatitud eterna no la comprende sino quien ya la disfruta. Sólo hoy, por ser Noche

Buena, nos es permitido comunicar algunas partículas del bien sumo á los pobrecitos *enterrados* (desterrados no lo sois, puesto que en la tierra vivís). Y así te diré, en primer lugar, que el cielo no es inmovilidad é inercia, sino, al contrario, vida á raudales y actividad intensa y siempre fecunda. Sé por un ángel ambulante, de esos que van y vienen á vuestro globo, que cierta secta procedente de la India goza ahora de singular favor entre los sabios europeos, y esa secta ridícula hace consistir la beatitud en pasar cientos de años contemplándose el ombligo en un acceso de estrabismo convergente... Ríete de esos ascetas bizcos: en el cielo todos miran derecho, franco y alto; las pupilas irradian luz... ¿No ves las mías?,

Era verdad; los ojos de Torcuato Tasso, nublados en vida por la demencia y el dolor, relumbraban ahora como soles, claros, puros, magníficos, ventanas que descubrían el alma glorificada y dichosa. Envidia me causó el mirar del Cisne. ¡Cuán diferente de otro mirar torvo y siniestro que había pesado sobre mi corazón al acompañarme el Cisne suicida!

Desciñóse el Tasso su corona de laurel, y me ofreció una hoja. La cogí, y el talismán obró inmediatamente sus mágicos efectos. A manera de telón de raso que se descorre, vi arrollarse el azul ambiente, y allá en el fondo divisé los resplandores de la gloria. Vi en espléndida perspectiva aquella ciudad santa que, extendiéndose por millones de leguas, es toda de oro, margaritas y piedras preciosas; lucidísima

y transparente como el cristal; sus torres y almenas de jacinto y topacio; su atmósfera de lumbre; sus cercanías, campos de fresquísima hierba y raras flores, movidas por un aura embalsamada y deliciosa.

—Ahí tienes—advirtió el Tasso—la Jerusalén celeste, tal como la idearon y describieron los autores místicos. Por ella discurren los bienaventurados, sumidos, como la esponja en el mar, en un piélago de gozo que los penetra y envuelve; gozo dentro y gozo fuera, gozo en lo alto y en lo bajo, y gozo lleno en todas partes (esto debías saberlo ya, por referencia de San Anselmo). Los bienaventurados se encuentran ahí como esponjas, pero como esponjas que tuviesen tantos sentidos del gusto cuantos ojuelos y poros, y las metiesen en un mar de leche y miel, gozando con mil bocas de toda aquella suavidad y dulzura. Vive su entendimiento con perfecta sabiduría; su memoria con inmortal representación de lo pasado; su voluntad con plenísima satisfacción; los sentidos con continua delectación de sus objetos...

—¡Ah!—exclamé.—No comprendo, poeta; no me puedo figurar ese estado beatísimo, y creo que pierdes el tiempo en querer iluminar mi torpeza... Oigo tus palabras; me suenan bien, son dulces, deliciosas; pero *no veo* lo que expresan... ¡Quisiera ser esponja ya!

El Tasso me dedicó una de sus preciosas miradas, húmeda de compasión por más señas.

—¡*Poverina!*—contestó.—Voy á ver si te ilustro con imágenes más adecuadas para ti.

Te gustan las artes, ¿no es cierto? Verbigracia, ¿eres aficionada á la música?

—A la música, no tanto; pero con todo... si es muy fina, muy escogida y de poco estrépito...

—Pues haz por conseguir el grado de santidad de tu compatriota la fervorosa virgen Doña Sancha Carrillo, y verás cómo, estando enferma y para morir, con un acorde no más que llegue á tus oídos de la música del cielo, se te quitan todos los males y dolores, y quedas sana de repente.—¿No te acuerdas de que el canto de un pajarillo sólo tuvo suspenso á un santo monje por espacio de trescientos años?

—Cisne, háblame de letras y no de notas y acordes. Más música hay en tus estrofas que en ópera ninguna.

—¡Ah, incorregible!—respondió él.—Voy á abrirte el apetito, á ver si te llevo por el camino de la bienaventuranza. Cada espíritu tiene sus asideros; ¡á ti hay que cogerte por el de las letras, empedernida, impenitente, aragonesa de Cantabria! Para que te tomes el trabajo de ganar el cielo, sabe que si llegas á entrar en él, encontrarás juntos á los grandes poetas y á los autores ilustres de todo siglo y de toda nación, y podrás charlar con ellos, ó, mejor dicho, escucharles á tu sabor, y te recitarán sus versos y sus prosas... sin el contrapeso de tener que alabárselas... ¡Te será dada ciencia infusa, y comprenderás al oído y gustarás con deleite el griego de Homero, Píndaro y Safo, el sanscrito de Valmiki, el hebreo de

Salomón, Job y David, el zendo de Firdusi, el latín de Virgilio y el ruso de Pouschkine... Además (abre el ojo) verás esculpir á Miguel Angel, y no te digo que verás pintar á Rafael, porque sé que no te entusiasma ese maestro... Yo te diré la fábula de la Rosa, y Dante te obsesquiará con unas *terzine*... ¿A que ya vas comprendiendo los hechizos de la beatitud?

—Si ser beato es *vivir* así, no interrumpir, sino completar la actividad del pensamiento, ensanchar la esfera del goce estético, salir de tantas curiosidades como nos hostigan,—aun convencidos de la imposibilidad de satisfacerlas,—entonces digo que aquí se estará muy bien... ¡Qué placer inmenso el de *revivir* la historia iluminando sus tinieblas, conociéndola tal como fué y no como la ofrecen las pálidas crónicas y las almidonadas narraciones de los historiógrafos!...

—Precisamente—exclamó el Tasso— eso es lo que vas á gozar sin tardanza. No *al dar las doce de la noche*, porque aquí no hay noches ni signos que marquen el curso del tiempo; pero en el instante misterioso que corresponde á la hora terrestre, verás el nacimiento de Cristo *tal como sucedió*... Ven, y aprisa, que ya se acerca el instante solemne.

Le seguí, y salimos de los amenísimos jardines que rodean la Sión divina, á una campiña vulgar, rústica y fragosa á trechos. Atravesamos un villorrio de desparramadas casucas, entrando en él por una puerta de herradura muy ruinosa. Las calles estaban desiertas. Com-

prendí que era la villita de Belén. Seguimos una callejuela que más parecía senda campesina, pues los edificios aislados y en desorden no tenían aspecto urbano, y alcanzamos un vasto espacio vacío, un páramo que semejava agujero abierto en el centro del lugar. Allí vimos una especie de cobertizo, sombreado por un árbol enorme, que me pareció terebinto, y cuyo ramaje se extendía formando techumbre. Al tronco del árbol estaba atado un jumentillo: una mujer joven, vestida de lana blanca, reposaba al pie del árbol, en actitud de cansancio. Notábase el bulto de su vientre...

—Es María—me dijo el poeta.—Siente que se acerca la hora de dar á luz, y quiere lograr asilo en ese cobertizo; José ha ido á hablar con los dueños, y se lo niegan; mira cómo vuelve cabizbajo. Ahora propone á su mujer llevarla á una gruta que sirve de aprisco y establo á los pastores... Ya se levanta ella trabajosamente... Se dirigen á la gruta... Mira.

Salían, en efecto, por la parte oriental de Belén, y seguían un sendero que orillaban derruidos paredones, y fosos, ya cegados, de fortificaciones que se desmoronan. A poco camino que anduvieron, un grupo de arbustos les indicó la gruta, cavada en la roca. Su entrada tenía un saledizo de bálago, abrigo de los pastores. La puerta era de ramas entretrejidas: José la movió y desencajó no sin esfuerzo. En la estancia formada por la excavación y donde entraron los esposos, vi el pesebre, que no era sino pilón ó abrevadero abierto en la piedra

para dar de beber al ganado; encima sobresalía el comedero, aún atestado de seca hierba. Obstruían la gruta esteras y haces de paja; apartólos José, colgó un candilejo de la pared de tierra, mullió la cama para la Virgen, y salió con un odre de cuero á buscar agua; luego bajó á Belén por carbón y escudillas; volvió presto; encendió la hornilla bajo el saledizo y coció tortas y asó manzanas. María comió algo, oró, y se tendió en la cama, suspirando de fatiga. José había vuelto á salir para atender al pienso del asno. Y cuando volvió, la gruta ya parecía inflamada en vivas llamas; fuego sobrenatural, como el de la zarza del monte Horeb, envolvía el recinto. José cayó de rodillas y alzó las manos al cielo.

María, vuelta de espaldas, se apoyaba en la pared de la gruta. Con irreverente curiosidad quise oír sus quejas: no pude... La claridad me cegaba; maravilloso hormigueo sideral, inmensa vía láctea de estrellas subía desde la gruta, centelleando y vertiendo océanos de lumbre blanca, entre los cuales sólo se distinguía un niño recién nacido, más luminoso que el sol, rodeado de una aureola de rayos...

—Ya me ofusca tanta luz—dije á mi guía.—Ya no veo los detalles humildes, prosaicos y ternísimos que me encantaban: la *realidad* del Nacimiento...

—Eres mortal—contestó el poeta.—No puedes entender... Esa luz que te ciega sale de tu imaginación, surge de ti misma. No hay tal resplandor. ¿No ves al recién nacido, moradito de

frío, lloroso? ¿No ves á su madre, que lo faja y lo empaña?

—No... Luz y más luz...—contesté gimiendo, porque ya mis pupilas no podían resistir, y la vibración lumínica hacía danzar en mi cerebro átomos, primero rojos, luego verde esmeralda, luego morados... Hasta que, dando un grito, el grito de espanto del ciego, exclamé:—¡Nada, nada... Oscuridad completa!...—Y extendí las manos para agarrarme á algo, guiada por el instinto de sustitución inmediata de un sentido á otro...

.....
¿Necesitas, lector, que escriba el clásico *desperté?* ¿Verdad que no? ¿Y verdad que tú tampoco sabes ni qué es *dormir* ni qué es *despertar?*

